



ReSeeing Word and Image / Practice and Context by Mary Beth Meehan

My family jokes that I rarely want to photograph white people. They make fun of me, pointing out individuals – an elderly woman in African dress, a young Hispanic-looking family – who they believe will spark my interest. My husband takes it one step further and says I’m not interested in photographing white men (including him), especially if they are straight. “And I should care – why?” I quip back. “Because straight white men are so under-represented?”

But in my heart, I’ve worried that they’ve noticed a problem.

For 25 years, I’ve been driven by the knowledge that the “dominant narratives” of people, places, and communities have been written in the white voice – the voice of the powerful majority. And I’ve known that these narratives, by omitting or misrepresenting people’s experiences, have done great damage. I’ve used my work to try to address some of these distortions. Sometimes I personally identify with those whose story is being told – such as the residents of a working-class New England factory town, where I grew up. Sometimes the stories I tell are of communities and cultures different from my own.

Here’s the problem: “socially conscious” photography goes back to the beginnings of the medium, but in the last few decades it has exploded as an industry. Every week a new award is announced, for someone working “to make visible the invisible,” “to shed light on a marginalized population,” or “to bring humanity to the de-humanized.” But rarely are these questions asked: “Marginalized – by whom?” “Invisible – to whom?” And, worst of all: “Humanized – by *whom? By you?*”

When I began my blog, in 2013, I gave it the title “SeenUnseen.” It was an attempt to encompass all the ways in which human beings do not truly see one another beyond their preconceptions, and across racial, cultural, and social differences. But also, I now realize, this title implied that the person who was seeing was doing so from the majority vantage point: that of the educated white American. Living in the community in which I display my work, I have heard from people who have said that they’re sick of being told they’re “unseen” – they are not, and have never been, unseen by their families and friends. They have never been marginalized from their fellow community members. And they’ve certainly always been human. So by using the word “unseen,” even with good intentions, I’ve inflicted the old wounds that I’ve been trying to heal.

I am thinking about all of this on a late-summer evening in 2017, walking around my Providence neighborhood, trying to make portraits and, I must admit, challenging myself to approach only people who look like me. Out of a shop walks a young woman with pale skin and auburn hair; her steps are full of energy as she makes her way down the street. I stop her and tell her I’d love to make her portrait. Her eyes brighten with delight and she

says “*Get Out!*,” stamping her feet for emphasis. We walk over to a side street and make some photographs, while the evening light glows all around us. Her name is Molly.

A few weeks later, I go to Molly’s apartment, nearby, and give her a print. Having just finished engineering school, Molly has been living in Rhode Island for only a few months; she has started a job at CVS, one of the state’s biggest corporations. She talks about how hard it is to begin one’s career, especially for a young woman. How do you “find your voice” at your job? How do you assert yourself and prove that you know what you’re doing, even though you’re young? “There’s a lot going on,” she says, “trying to do adult stuff you don’t know how to do. Like paying taxes.”

Molly tells me that she is 24 years old, and starts to remind me of myself at that age. I have only just turned 50, and I realize that almost everyone I now meet is younger than I. All of the lessons I’ve learned that make 50 feel good Molly still has to learn. She suddenly looks really vulnerable to me – I see it in her face, her eyes. My heart feels full – in a way that has become familiar, no matter whom I’m photographing.

After many conversations about “SeenUnseen,” I’ve decided it’s time for a new title. I’ve chosen “ReSeeing,” launched with this portrait of Molly. I like the way it challenges me to keep looking at what my work is doing: the way the portraits are functioning in the world and the way they are operating in the minds of viewers. I like the way “ReSeeing” asks me to pay attention to my own process of seeing. And I like the way it involves all see-ers, not just the powerful ones, asking us to look again at what we think we’ve already seen, already understood. I don’t think I can have much effect on the power structure of the world, but if I can make work that urges people to connect with one another, that will make me happy.



Volver a ver: Palabra e imagen / Práctica y contexto por Mary Beth Meehan

Mi familia bromea con que rara vez quiero fotografiar a gente blanca. Se burlan de mí, señalando a individuos (una mujer de edad avanzada vestida de África, una joven familia de aspecto hispano) que creen que despertará mi interés. Mi esposo va más allá y dice que no me interesa fotografiar a hombres blancos (incluido él), especialmente si son heterosexuales. "Y debería importarme, ¿por qué?" "¿Porque los hombres blancos heterosexuales están tan poco representados?"

Pero en mi corazón, me preocupa que hayan notado un problema.

Durante 25 años, me ha impulsado el conocimiento de que las "narrativas dominantes" de personas, lugares y comunidades se han escrito en la voz blanca, la voz de la mayoría poderosa. Y he sabido que estas narraciones, al omitir o tergiversar las experiencias de las personas, han hecho un gran daño. He usado mi trabajo para tratar de abordar algunas de estas distorsiones. A veces me identifico personalmente con aquellos cuya historia se cuenta, como los residentes de una ciudad industrial de clase trabajadora de Nueva Inglaterra, donde crecí. A veces las historias que cuento son de comunidades y culturas diferentes a las mías.

Aquí está el problema: la fotografía "socialmente consciente" se remonta a los inicios del medio, pero en las últimas décadas ha explotado como una industria. Cada semana se anuncia un nuevo premio para alguien que trabaja "para hacer visible lo invisible", "para arrojar luz sobre una población marginada" o "para llevar a la humanidad a los deshumanizados". Pero rara vez se hacen estas preguntas: "Marginalizados ¿Por quién?" "Invisible - ¿a quién?" "Y, lo peor de todo:" ¿Humanizado, por *quién?* ¿Por *ti?*

Cuando comencé mi blog, en 2013, le di el título "Visto sin ser visto". Fue un intento de abarcar todas las formas en que los seres humanos no se ven realmente más allá de sus ideas preconcebidas y a través de las diferencias raciales, culturales y sociales. Pero también, ahora me doy cuenta, este título implicaba que la persona que estaba viendo lo estaba haciendo desde el punto de vista dominante: el del estadounidense blanco educado. Al vivir en la comunidad en la que muestro mi trabajo, he escuchado a personas que han dicho que están hartos de que se les diga que son "invisibles", que no son ni han sido nunca vistos por sus familiares y amigos. Nunca han sido marginados por sus compañeros miembros de la comunidad. Y ciertamente siempre han sido humanos. Así que al usar la palabra "invisible", incluso con buenas intenciones, he infligido las viejas heridas que he estado tratando de curar.

Estoy pensando en todo esto en una tarde de verano de 2017, caminando por mi vecindario de Providence, tratando de hacer retratos y, debo admitir, desafiándome para acercarme solo a las personas que se parecen a mí. De una tienda sale una mujer joven

de piel pálida y cabello castaño rojizo; Sus pasos están llenos de energía mientras camina por la calle. La detengo y le digo que me encantaría hacer su retrato. Sus ojos se iluminan con deleite y dice *"¿En serio? Saltando* para enfatizar. Caminamos hacia una calle lateral y hacemos algunas fotografías mientras la luz del atardecer brilla a nuestro alrededor. Su nombre es Molly.

Unas semanas más tarde, voy al apartamento de Molly cerca y le doy una copia. Habiendo terminado recientemente la escuela de ingeniería, Molly ha estado viviendo en Rhode Island solo por unos pocos meses; ella comenzó un trabajo en CVS, una de las corporaciones más grandes del estado. Ella habla de lo difícil que es comenzar una carrera, especialmente para una mujer joven. ¿Cómo "encuentras tu voz" en el trabajo? ¿Cómo te haces valer y demuestras que sabes lo que estás haciendo, aunque seas joven? "Están pasando muchas cosas", dice ella, "tratando de hacer cosas para adultos que no sabes hacer como pagar impuestos".

Molly me dice que tiene 24 años y comienza a recordarme a mí misma a esa edad. Acabo de cumplir 50 años y me doy cuenta de que casi todos los que conozco ahora son más jóvenes que yo. Todas las lecciones que aprendí para que los 50 se sientan bien. Molly todavía tiene que aprender. De repente se ve realmente vulnerable para mí, lo veo en su cara, sus ojos. Mi corazón se siente lleno, de una manera que se ha vuelto familiar, no importa a quién esté fotografiando.

Después de muchas conversaciones sobre "Visible/Invisible" he decidido que es hora de un nuevo título. He elegido "Volver a ver", lanzado con este retrato de Molly. Me gusta la forma en que me desafía a seguir mirando lo que hace mi trabajo: la forma en que funcionan los retratos en el mundo y la forma en que operan en la mente de los espectadores. Me gusta la forma en que "Volver a ver" me pide que preste atención a mi propio proceso de ver. Y me gusta la forma en que involucra a todos los espectadores, no solo a los poderosos, pidiéndonos que miremos de nuevo lo que creemos que ya hemos visto, ya hemos entendido. No creo que pueda tener mucho efecto en la estructura de poder del mundo, pero si puedo hacer un trabajo que aliente a las personas a conectarse entre sí, eso me hará feliz.